

Entrevista a Mario Muchnik

Jesús Marchamalo

Nos recibe en su casa de Madrid, tarde invernal oscura como la boca del lobo, vestido con un pantalón de pana, camisa y tirantes. Anda, comenta, trajinando con un ordenador: una de esas catástrofes domésticas de cables pelados, enchufes, rosetas y trasiego de libros de la que no sólo no reniega, sorprendente, sino de la que diríase se felicita. Nos sentamos en unos sillones amplios, de piel, en el salón, ante una enorme mesa de cristal impoluta en la que yo coloco la grabadora y él la pipa.

Conversador infatigable, comentarista mordaz y al tiempo afable, risueño y memorioso, conserva Mario Muchnik (Buenos Aires, 1931) un ligero acento porteño que ha conseguido mantener encendido, como una llama de nostalgia, por medio mundo: Nueva York, Nápoles, Londres, Roma, París, Barcelona... Es editor, entre otras muchas cosas, y autor de una decena de libros, entre ellos los tres tomos de sus memorias, *Lo peor no son los autores*, *Banco de pruebas* y *A propósito*.

—*No sé si todo el mundo sabe que usted empezó trabajando como físico.*

—Efectivamente, no todo el mundo lo sabe. Fui un joven fascinado por la física, por toda la ciencia, en realidad, porque fui un chico de la posguerra, y la guerra había acabado en el mundo con la bomba atómica: el lanzamiento de la bomba atómica nos tenía conmovidos no tanto por las muertes que ocasionó —y era terrible porque en aquel momento realmente no nos parecía ningún crimen, estábamos incluso convencidos de que se habían ahorrado vidas—, sino por el hecho extraordinario de que la teoría atómica se convirtiera en una realidad. Mi casa era entonces muy frecuentada por físicos, venían mucho Ernesto Sábato, Gaviola y gentes como Guido Beck, un checo que escapó de la guerra, y unos cuantos más, bueno, todo eso a mí me fascinaba. Unido a que siempre fui propenso a las cosas técnicas: me

encantaban los aviones, las bicicletas, y las máquinas que construía y destruía, afición que me llevó en una ocasión a hacer saltar todos los fusibles del barrio jugando con un timbre; en fin, que cuando tuve que elegir carrera, acabé orientándome por la física, y mi padre me envió a estudiar a Nueva York.

—*He leído que incluso descubrió una partícula, la sigma+, o algo así, pero no he conseguido entender nada.*

—Fue la partícula antisigma+. La gracia del hallazgo es que no tiene ninguna trascendencia comparada con la que hubiera tenido si no hubiéramos encontrado la antipartícula antisigma+; eso habría movido el piso de toda la física cuántica, hubiera motivado que se viniera abajo todo el edificio. Es decir, que confirmamos que la predicción de la teoría era correcta, y que existía lo que los cálculos afirmaban.

—*En Columbia, en la universidad, tenía por lo visto una habitación donde sus amigos se proveían de libros prohibidos.*

—Alguien me dijo que ésa era la habitación que había ocupado Federico García Lorca cuando viajó a Nueva York. Era tradición que, a medida que progresabas en la carrera, te daban habitaciones mejores, y mi último año tuve esa habitación, magnífica, en el último piso, con una mansarda desde la que se veía gran parte de la ciudad. Me sentía a mis anchas, más sabiendo que pudo estar ocupada por Lorca que, por cierto, mis compañeros no sabían quién era.

Y era divertido porque esa habitación se convirtió casi en un centro cultural: tenía una radio con música clásica, libros, un cuadro de Brueghel que me había regalado mi padre, y muchos libros, algunos de Henry Miller, que entonces estaban prohibidos en EE UU e incluso en Francia. Mi tío me los mandó con unas sobrecubiertas de novelas del Oeste, y cuando se supo de su existencia comenzó el desfile de préstamos, tanto que los libros acabaron completamente desgastados con tanta lectura. Recuerdo que los llevé a Buenos Aires destrozados...

—*¿Y en Buenos Aires repitió el éxito de Columbia?*

—En Buenos Aires, curiosamente, no despertaron interés. Aquél ya no era un ambiente universitario y no se vivía la miseria sexual de la

clase estudiantil. Fíjate cómo llegaba de lejos esa miseria que recuerdo que enfrente de nuestro edificio estaba el colegio de enfermeras, que se vestían y se desvestían frente a nuestras ventanas, y dialogaban con nosotros dibujando letras en el aire que nosotros intentábamos interpretar. Y había una tradición bastante estúpida conocida como los *panty-raids*, las cacerías de bragas: los chicos tomaban al asalto el edificio de las chicas y les robaban las bragas. Aquél era uno de los espectáculos más deliciosos que me tocó ver en Nueva York: un grupo de chicos saliendo del edificio, agitando bragas sobre sus cabezas, perseguidos por la policía...

—*Lo cuenta como si usted no hubiera sido más que un mero espectador.*

—No, la verdad es que yo era muy pudoroso entonces. Sí asumí alguna militancia política; recuerdo que organicé colectas de firmas para salvar de la silla eléctrica a un negro que había violado a una mujer blanca, y que finalmente fue ejecutado, escribí cartas en contra de la guerra de Corea, todo eso sí, pero lo de las bragas no era exactamente lo mío. Me limitaba a sufrir en silencio.

—*¿Ya entonces hacía fotos?*

—Creo que siempre había hecho fotos, pero allí en Nueva York empecé a hacerlo un poco más en serio. Porque Columbia era un sitio asombroso, había lo que se llamaba el *Photo Club*, que a cambio de una pequeña cuota te daba derecho a utilizar el cuarto oscuro, ampliadoras, se hacían a veces exposiciones... Y yo salía a hacer fotografías artísticas: edificios a la caída del sol, el puente de Brooklyn, Columbia durante la noche, las ventanitas encendidas, las revelaba allí, y algunas de aquellas fotos todavía las conservo, un aula vacía... No me atrevía a fotografiar a gente todavía, por eso estaba vacía. En realidad, empecé a fotografiar en serio en Roma, creo que en el año 56 ó 57, tenía una cámara de mala muerte, de fuelle, pequeña, que después cambié por una Rolleflex, y empecé a hacer fotos de otra manera.

—*Hubo un famoso fotógrafo amigo de su padre, David Douglas Duncan, que viendo sus fotos dictaminó: no son malas, se morirá de hambre.*

—Bueno, fue un mensaje que me transmitió mi padre. No sé si realmente lo dijo o no, porque años más tarde el propio Duncan me dijo que no recordaba haber visto ninguna foto mía en esa época. De modo que no sé si mi padre le enseñó las fotos y Duncan se olvidó, o si nunca lo hizo y se inventó la historia para protegerme. Eran unas fotos de árboles, ramas y follaje porque quería hacer una edición ilustrada del *Barón rampante*, de Calvino, que por cierto vio las fotos y le gustaron muchísimo.

—*Ha fotografiado a muchos escritores, ¿quién es más coqueto?*

—Una pregunta interesante. Bien (duda), uno de los más coquetos que recuerdo era Ernesto Sábato, y digo era porque ahora ya está viejecito y es otra cosa. A Ernesto era difícil pillarlo sin que posara, ponía caras de mucha preocupación, en eso tiene alguna afinidad con Saraguro, por ejemplo, que es otro que siempre quiere salir en las fotos como si estuviera ocupado dirigiendo la creación. También era bastante coqueto, pero menos, Rafael Alberti; era muy consciente de cuándo le estabas haciendo fotos, y ponía caras. Y el menos coqueto, Sartre, nunca le importaba cómo saliera, le daba exactamente igual, estaba muy encallecido.

—*¿Y Cortázar?*

—Cortázar era juguetón, no exactamente coqueto. Le gustaba participar en la foto, intervenir, colaborar con el fotógrafo. Tengo muchas fotos suyas, pero hay una en la que está con unas gafas oscuras muy grandes —tenía frecuentes migrañas y le molestaba mucho la luz del sol—, yo estaba buscando el encuadre y entonces él se dio cuenta y alzó la cabeza buscando que yo me reflejara en las gafas. Lo hizo deliberadamente, pero no por coquetería, sino porque le divertía jugar, en el sentido infantil de la palabra, era un gran juguetón. Creo que gran parte de su literatura es juego.

—*Hay otra foto suya de Cortázar en la que aparece flanqueado por un par de guardias civiles, en Segovia, casi como detenido.*

—De esa foto hice copia y la envié al cuartelillo de Prádena y me dijeron que la tenían allí colgada, todos orgullosos. Fue divertido por-

que llegaron los guardias, se quitaron el tricornio, hacía mucho calor, y preguntaron por Julio, muy respetuosos porque querían saludarlo, estrecharle la mano, estaban muy impresionados. Así que en la foto están los tres muy serios.

—*¿Y ese asunto con las Leicas?*

—Bueno, yo lo explico de una manera muy sencilla: he tenido muchos coches en mi vida, mejores y peores, hasta que me compré un Mercedes, de ocasión naturalmente, en el año 94. Y me di cuenta de que una cosa son los coches, y otra cosa los Mercedes. Pues con la Leica es igual: yo fotografié con varias cámaras, hasta que un día un amigo físico me prestó una Leica, y eso de hacer una foto con el visor que tiene, la precisión con que puedes ajustar las aperturas del diafragma, la luminosidad de las lentes, me dejó completamente envidioso. Años más tarde, cuando en Mayo del 68 salí a hacer fotos en París, un fotógrafo italiano que trabajaba para LIFE vio la cámara con la que trabajaba, me invitó a su casa y empezó a sacar Leicas usadas, tenía un montón, y me dijo: «Elige dos». No lo podía creer, estaban usadas, claro, pero las mejores Leicas son las usadas, así que salí encantado con aquellas dos cámaras, y tres objetivos, colgadas del cuello. Hoy no podría hacer fotos con otra cámara, sí podría claro, según qué, pero no sería lo mismo.

—*Si leen esto los de Leica lo mismo le hacen un descuento.*

—Bueno, yo encantado.

—*Creo que trabaja todavía con película.*

—Sí, trabajo con rollos de película que doy a revelar a un laboratorio donde me conocen, y que después *escaneo* desde el negativo, y a partir de ahí trabajo la imagen en la pantalla del ordenador e imprimo en papel. Y esas son las fotos que luego expongo y que hago aquí en casa, siempre en blanco y negro. La gran ventaja para mí es que no necesito laboratorio.

—*¿Hablamos de cómo se hizo editor?*